

El suicidio: Una perspectiva psicoanalítica

Silvia Tubert*

El concepto de suicidio, desde el punto de vista clínico, es bastante amplio, puesto que se refiere a manifestaciones muy diversas, que comprenden no sólo los actos suicidas, sino también los *intentos* de suicidio, e igualmente las *ideas*, *fantasías*, *amenazas* y *deseos suicidas*, además de los intentos *encubiertos*, que asumen la forma de actos autodestructivos, accidentes, etc. La diferencia existente entre estas diversas manifestaciones tiene una importancia clínica enorme, puesto que supone franquear –o no– el paso desde la representación de la propia muerte a la autodestrucción real. Sin embargo, la experiencia nos autoriza a postular una “psicodinámica del suicidio” que operaría como sustrato común, ya sea que esa expresión se produzca en actos, pensamientos o palabras, en función de las posibilidades de elaboración simbólica de cada sujeto. Me referiré, entonces, a esa dinámica psíquica.

El acto suicida consumado nos arrebató al sujeto cuyo discurso es el único que nos daría acceso a su comprensión. Pero los pacientes pueden hablarnos de sus fantasías autodestructivas, y también podemos analizar a quienes han cometido un intento de suicidio fallido. Por otra parte, la literatura psicoanalítica sobre pacientes que pusieron fin a sus días es prácticamente nula. Es digna de análisis la dificultad que experimentamos a la hora de hablar de la muerte real de nuestros pacientes...

No obstante, podemos hallar una fuente de información sustitutiva en los diarios escritos por suicidas aunque, en la medida en que no contamos con las asociaciones de sus autores, nuestras inferencias no podrán ser confirmadas ni refutadas. Recurriré, de todos modos, a algunos apuntes del diario de Cesare Pavese para ilustrar,

y también complementar, las hipótesis freudianas acerca de la metapsicología del suicidio. Este texto abona la hipótesis de una continuidad entre las representaciones del suicidio (en actos, palabras o fantasmas) y la autodestrucción cumplida, puesto que revela la existencia de una tendencia a la aniquilación que estuvo presente durante más de veinte años antes de su consumación. Pero esta continuidad se refiere fundamentalmente al deseo de muerte que, si bien se expresa en el suicidio de una manera directa, puede hacerlo también por muchos otros caminos. El acto suicida tampoco es unívoco; está múltiplemente determinado por la interacción de una serie de motivaciones, de modo que la psicopatología del suicidio es compleja y su naturaleza polisémica.

El diario de Pavese, escrito entre 1935 y 1950 y publicado bajo el título *El oficio de vivir*, ha sido definido con agudeza por Ángel Crespo como el testigo de un verdadero “autoanálisis denigratorio” (Crespo, 1992, p. 7), situándonos de lleno en el marco de la tendencia autodestructiva que habría de llevar a su autor a la muerte a los 42 años. No se trata de hacer un “diagnóstico” del autor, que sólo podría ser abusivo y pretencioso, sino leer la obra como descripción de una posición melancólica del narrador. En textos escritos por Pavese en 1926, a los 19 años, ya se hace presente el deseo de muerte, despertado por el suicidio de un amigo y por una primera decepción amorosa. Y a lo largo de su diario se aprecia un insistente fatalismo, que no le permite esperar de la vida más que la repetición de lo ya experimentado, concretamente, el fracaso: “...cuanto le sucede a un hombre está condicionado por todo su pasado” (Pavese, 1992, p. 37).

En 1935 Pavese, nacido en San Stefano Belbo

*Psicoanalista. Profesora de Teoría Psicoanalítica en la UCM. Es autora de libros como *Malestar en la palabra* (Biblioteca Nueva, 1999), *Sigmund Freud* (Edaf, 2000), entre otros.

(Piamonte), fue confinado por el régimen fascista a un pueblecito de Calabria y al año siguiente, al regresar a Turín, supo que la mujer que amaba lo había dejado para casarse con otro. Se inicia así un nuevo confinamiento, un proceso que le costará mucho tiempo y sufrimiento, y que describe minuciosamente junto a sus reflexiones sobre la creación literaria y la situación del escritor.

Aunque no podré desarrollar esta cuestión, quiero evocar al menos la articulación existente entre el suicidio individual y las fuerzas destructivas que operan en el seno de la civilización. Esta articulación se sostiene no sólo desde la perspectiva psicoanalítica, sino también desde la de otras disciplinas. La historia nos muestra que el suicidio no es un acto que pueda comprenderse sólo desde la problemática personal del sujeto que lo realiza, sino que su sentido se construye en el orden cultural y simbólico en que aquél está inmerso. Por ejemplo, en pueblos del extremo Oriente se aceptaba como protesta por una ofensa (China) o como una forma de purificarse del deshonor (Japón). En la India existió la costumbre de la cremación voluntaria (aunque en ocasiones también forzosa) de la viuda del difunto. El budismo acepta la cremación voluntaria de los monjes. En Occidente, el derecho romano lo consideraba lícito pero fue penado, en cambio, por el derecho medieval. El intento de suicidio está penalizado en las legislaciones de influencia anglosajona, excepto en los casos de perturbación mental. Las legislaciones inspiradas en el modelo napoleónico, como la española, sólo castigan el auxilio o instigación al suicidio (*Nueva Enciclopedia Larousse*, 1985). Los sociólogos, como Durkheim, consideran que tanto el suicidio como la criminalidad son síntomas de un proceso de disgregación social.

Concepción freudiana del suicidio.

Hasta 1910, las observaciones de Freud acerca del suicidio se sitúan en el marco de la teoría

de la libido, en tanto contrapuesta a las pulsiones de autoconservación. Si bien estaba claro que en la raíz del deseo suicida se hallaban el sadismo y el masoquismo, éstos no habían encontrado aún un sitio en el marco de la primera teoría de las pulsiones. Alrededor de 1910, Freud ya había identificado un conjunto de rasgos característicos del suicidio: sentimientos de culpa por deseos de muerte hacia terceros, especialmente los propios padres, como en el caso del *hombre de las ratas* (Freud, 1981); pérdida de la satisfacción libidinal o, más bien, rechazo a aceptar esa pérdida, como sucede con Anna O. (Freud y Breuer, 1985); en la historia clínica de Dora (Freud, 1981) menciona los deseos de venganza, especialmente por la pérdida de satisfacción, la identificación con un padre o madre suicida la huída de una situación de humillación, la significación de un mensaje o demanda de ayuda.

La década siguiente corresponde a una fase de transición, condicionada por la introducción del concepto de narcisismo (1914). Después de 1920, con el reconocimiento de un "más allá del principio del placer", el referente teórico fundamental será la segunda teoría de las pulsiones, que acoge la noción de pulsión de muerte.

En 1915 Freud redacta *Duelo y melancolía*, que habría de publicarse en 1917 (Freud, 1981). Se propone dilucidar la esencia de la melancolía y compararla con el duelo, puesto que descubre un paralelismo entre ambos procesos, patológico uno y "normal" el otro. Ambos han sido provocados por causas análogas: el duelo es, por lo general, la reacción a la pérdida de un ser amado o de otro objeto equivalente, como la patria, la libertad, el ideal. En las mismas circunstancias, algunas personas reaccionan con una melancolía en lugar del duelo, lo que permite suponer en ellas una predisposición patológica. La melancolía se caracteriza por un estado de ánimo profundamente doloroso, una desaparición del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad

La historia nos muestra que el suicidio no es un acto que pueda comprenderse sólo desde la problemática personal del sujeto que lo realiza, sino que su sentido se construye en el orden cultural y simbólico en que aquél está inmerso.

"Y sé que estoy condenado para siempre al suicidio ante todo obstáculo y dolor. Es esto lo que me aterra: mi principio es el suicidio, nunca consumado, que no consumaré nunca pero que me halaga la sensibilidad". (Pavese, 1992)

de amar, la inhibición de todas las funciones yoi-cas y la disminución del amor propio. Esto último se manifiesta bajo la forma de reproches y auto-acusaciones y puede conducir también a la búsqueda de castigos.

Veremos cómo lo describe Pavese: "Y sé que estoy condenado para siempre al suicidio ante todo obstáculo y dolor. Es esto lo que me aterra: mi principio es el suicidio, nunca consumado, que no consumaré nunca pero que me halaga la sensibilidad". (Pavese, 1992, p. 38) No se trata sólo de la pérdida del objeto amado; el autor alude a una tendencia autodestructiva previa, que no hace más que reaparecer ante cada hecho doloroso. También se aprecia la libidinización de la pulsión destructiva en el regodeo con sus fantasías de suicidio, que le "halagan la sensibilidad".

El duelo incluye los mismos caracteres que este estado melancólico, con excepción de la perturbación de la autoestima. Las inhibiciones y restricciones del yo ponen de manifiesto que este se encuentra totalmente entregado al proceso de elaboración del duelo: el objeto amado ha desaparecido y el examen de la realidad exige que la libido abandone sus relaciones con él. A esto se opone una poderosa resistencia, ya que no es fácil abandonar las posiciones libidinales establecidas; esto solo puede producirse de una manera gradual, que requiere el transcurso del tiempo y un gasto de energía psíquica. Se invierte sucesivamente cada uno de los recuerdos y esperanzas que constituían enlaces entre la libido y el objeto, y en ellos se lleva a cabo la separación de la libido, de manera que al final del trabajo de duelo el Yo queda nuevamente libre y puede vincularse libidinalmente con otros objetos o intereses.

La melancolía se produce, en muchos casos, como reacción a la pérdida de un ser amado, pero en otros se trata de una pérdida de naturaleza más ideal: el objeto no ha muerto sino que se lo ha perdido como objeto erótico. Finalmen-

te, hay un tercer grupo de casos en los que el sujeto no distingue claramente lo que ha perdido. Ejemplo de ello es el caso de la pérdida de un ser amado, en el que el sujeto sabe a quién ha perdido pero ignora qué ha perdido con él. Luego, mientras en el duelo se conoce todo lo referente a la pérdida, en la melancolía el drama se desarrolla en otra escena, puesto que se trata de la pérdida de un objeto inconsciente.

Se observan, entonces, dos rasgos que diferencian la melancolía del proceso de duelo "normal": la naturaleza inconsciente de la pérdida, que presta a la inhibición melancólica su carácter enigmático y, como ya he mencionado, una extraordinaria disminución del amor propio, es decir, un considerable empobrecimiento del Yo. Si en el duelo el mundo parece desierto y despojado a los ojos del sujeto, en la melancolía es el Yo mismo el que se le presenta de ese modo. Se describe al propio Yo como indigno de estimación, incapaz de alguna producción valiosa y moralmente censurable. El melancólico se dirige reproches, se insulta y sólo espera de los demás rechazo y castigo. Se humilla ante los otros y compadece a sus seres queridos por estar relacionados con alguien tan indigno de aprecio. Por otra parte, no experimenta todo esto como algo circunstancial, sino que extiende su autocrítica al pasado y entiende que nunca ha tenido valor alguno. Así, escribe Pavese: "¿He hecho algo en mi vida que no fuese de tonto? De tonto en el sentido más trivial e irremediable, de hombre que no sabe vivir, que no ha crecido moralmente, que es vano, que se sostiene con el puntal del suicidio, pero no lo comete". (Pavese, 1992, p.39)

A esto se suma el insomnio, el rechazo a los alimentos, y algo que desconcierta a Freud: la derrota de la pulsión que mantiene a todo ser viviente unido a la vida. Pavese da cuenta de este combate, no por la vida sino con la vida, de las fuerzas destructivas que se enfrentan con las constructivas: "El autodestructor es un tipo a la

vez desesperado y utilitario. El autodestructor se esfuerza en descubrir dentro de sí todos los vicios, todas las vilezas, y de orientar estas disposiciones hacia su propia supresión, observándolas, embriagándose con ellas, disfrutándolas. (...) El autodestructor es sobre todo un comediante y un dueño de sí mismo. No pierde ninguna oportunidad de sentirse y de ponerse a prueba. Es un optimista. Lo espera todo de la vida y se va afinando para dar bajo las manos del acaso futuro los sonidos más agudos y significativos. El autodestructor no puede soportar la soledad. Pero vive en un peligro continuo: que lo sorprenda un frenesí de construcción, de arreglo, un imperativo moral. Entonces sufre sin remisión, y hasta podría matarse. (...) En nuestros tiempos, el suicidio es un modo de desaparecer, se comete tímida, silenciosamente, anonadadamente. No es un hacer, es un padecer". (Pavese, 1992, p. 41-42)

El autor establece en este texto una diferencia entre las manifestaciones de la pulsión autodestructiva, todavía ligada a la libido –se embriaga, disfruta de ella– y el acto suicida, cuando se pierde el dominio de sí mismo, cuando ya no se obtiene placer sino goce, cuando se acaba la comedia y de la acción se pasa a la pasión, es decir, cuando el sujeto se ha convertido en objeto de la pulsión aniquiladora. A pesar de la evidente desproporción entre la intensidad de la autocritica y su justificación real, Freud considera que lo importante no es que el sujeto tenga o no razón, ni que sus críticas coincidan o no con la opinión que podría tener de él un observador externo. Lo esencial es que él está describiendo con toda exactitud su estado psíquico: ha perdido su autoestima y debe tener alguna razón para ellos. Luego, más allá de la pérdida real del objeto, en la melancolía se ha producido una pérdida en el propio Yo, tal como Pavese la describe.

Como en otras ocasiones, en las que extendió un concepto formulado en el terreno de la psicopatología al funcionamiento psíquico en gene-

ral –represión, identificación, narcisismo– a partir de estas observaciones Freud enunció algunas proposiciones acerca de la constitución psíquica del ser humano. En efecto, el reconocimiento de esta dimensión del Yo, en la que una parte se enfrenta con otra y la valora críticamente, tomándola por objeto, se encuentra en el origen del concepto de Superyo o conciencia moral. Pero aún dará un paso más: en su opinión, las acusaciones que esta instancia crítica dirige al Yo, y que parecen absurdas porque no corresponden a la personalidad del sujeto, resultan más adecuadas si se las refiere a otra persona, a la que el enfermo ama, ha amado o debería amar.

Freud encuentra en esa hipótesis la clave del cuadro psicopatológico: en los autorreproches del melancólico se pueden reconocer los reproches dirigidos a un objeto de amor, que se descargan contra el propio Yo. Estos reproches se originan en la ambivalencia de sentimientos que condujo a la pérdida amorosa. De este modo, las aparentes quejas o lamentos encubren protestas o denuncias, lo que resulta coherente con el hecho de que el melancólico, lejos de mostrarse humilde y obediente, como correspondería a su dañada autoestima, es irritable, susceptible y se siente tratado injustamente. Pavese también nos ilustra en este aspecto, al pasar insensiblemente de las referencias a su propia supuesta abyección a las críticas a la mujer que lo abandonó: "Y con toda la debilidad que había en mí, aquella persona sabía atarme a una disciplina, a un sacrificio, con el simple don de mí mismo". (Pavese, 1992, p.38) "¿Quién puede decir si mi tortura no nace precisamente de esto –que se me ha hecho una injusticia, una maldad?" (Pavese, 1992, p.40) Veremos más adelante la intensidad y la persistencia de esta hostilidad hacia el objeto.

Freud intenta reconstruir el proceso que ha tenido lugar: inicialmente existía una elección de objeto, es decir, una relación libidinal con otra persona. A causa de una ofensa real o de una decepción experimentada con la persona

amada se ha producido una perturbación en la relación con ella. Pero la consecuencia de esta situación no fue la habitual, que consiste en retirar la libido del objeto para desplazarla hacia uno nuevo, sino un proceso muy diferente: la libido, apartada del primer objeto, se ha replegado sobre el Yo y ha generado una identificación con el objeto abandonado. "La sombra del objeto cayó así sobre el Yo", que a partir de ese momento será considerado como un objeto, es decir, como el objeto abandonado por una instancia especial que se diferencia del Yo. De este modo, la pérdida del objeto se transforma en una pérdida del Yo, y el conflicto entre el Yo y la persona amada se traduce ahora en una división entre el Yo crítico y el Yo modificado mediante la identificación. Para que se produzca este proceso tienen que haberse dado algunas condiciones previas:

1. Una fuerte fijación al objeto de amor y, paradójicamente, una escasa resistencia de la libido objetal, lo que conduce a renunciar al objeto sin renunciar al amor al mismo. Esta contradicción, a su vez, se basa en un requisito previo: que la elección del objeto se haya producido sobre una base *narcisista*, de modo que la libido de objeto, cuando se encuentra con obstáculos, tiende a regresar a la posición narcisista infantil. La identificación narcisista con el objeto se establece entonces como sustituto de la relación con el mismo, lo que determina que no se pueda abandonar la relación amorosa a pesar del conflicto que se ha establecido con la persona amada. Esta sustitución del amor al objeto por la identificación es un mecanismo específico de las aficciones narcisistas y corresponde a la **regresión** desde un tipo de elección de objeto al narcisismo originario. En efecto, la identificación es la fase preliminar de la relación objetal y la primera forma en que el Yo distingue a un objeto. Pero esta forma de relación es sumamente ambivalente puesto que el Yo parece querer incorporar al objeto en sí mismo devorándolo, como

corresponde a la fase canibalista del desarrollo de la libido.

En suma, la predisposición a la melancolía depende, al menos parcialmente, del predominio del tipo narcisista de relación de objeto, que coincide con la fase oral. Por eso la melancolía tiene algunas características en común con el trabajo del duelo, en tanto ambos son reacciones a la pérdida real del objeto erótico, y otras diferentes que derivan de la regresión de la elección objetal al narcisismo, que no se produce en el duelo normal y, en el caso de producirse, lo convierte en un duelo patológico.

Así lo describe Pavese: "Hasta mi misoginia (1930-1934) era un principio voluptuoso: no quería fastidios y me complacía con la actitud. Cuán invertebrada era esta actitud, se ha visto después. Y también en la cuestión del trabajo, ¿he sido nunca otra cosa que un hedonista? Me complacía en el trabajo febril a golpes, bajo el estro de la ambición, pero tenía miedo, miedo de atarme. Nunca he trabajado de verdad y, en realidad, no sé ningún oficio". (Pavese, 1992, p.37-38) A esta descripción de su dificultad para acceder realmente al objeto, ya sea la mujer o el trabajo, añade aún: "Existe también el tipo que cuanto más cae a tierra, y debería pensar sólo en ponerse de pie, más piensa en volar y se exalta. Es ante todo el gusto de los contrastes y la costumbre de contemplarse. Nadie que no tenga el vicio de mirarse a sí mismo como a otro –un importantísimo otro– puede durante el dolor o la preocupación entusiasmarse por el contrario en el placer y en la libertad." (Pavese, 1992, p.43) Esta omnipotencia narcisista se remonta, obviamente, a la infancia: "...de la nada de mis padres, de aquella hostil nada, he brotado y crecido yo solo, con todas mis bajezas y mis glorias..." (Pavese, 1992, p.64) En estas condiciones, el otro no es más que un doble imaginario y el Yo es su propio objeto: "Pasaba la tarde sentado ante el espejo para hacerme compañía". (Pavese, 1992, p.130)

2. La pérdida del objeto erótico constituye una ocasión propicia para la manifestación de la ambivalencia que caracteriza a las relaciones amorosas. Cuando la melancolía se desencadena como consecuencia de una ofensa o decepción, estas introducen en la relación con el objeto la antítesis de amor y odio, o bien intensifican una ambivalencia ya existente. Pavese explica la génesis de estos sentimientos contradictorios remitiéndola a la herida narcisista que provoca el hecho de que el otro sea siempre irreductible a uno mismo, en tanto posee una voluntad propia que escapa a nuestro control: *"El odio es siempre una contraposición de NUESTRO espíritu al cuerpo ajeno. El odio será, por consiguiente, la sospecha de que un cuerpo ajeno posea por su cuenta un espíritu y pueda pasarse sin nosotros"*. (Pavese, 1992, p.132)

El conflicto provocado por la ambivalencia es, entonces, otra de las precondiciones de la melancolía. Pero si del amor al objeto se ha pasado a la identificación narcisista con el mismo, el odio, que constituye el otro término de la ambivalencia, también se dirige al objeto sustitutivo, que no es otro que el propio Yo, al que se injuria, humilla y hace sufrir, consiguiendo de este modo una satisfacción sádica. Luego, el odio y el sadismo referidos al objeto que se sustrae encuentran la posibilidad de descargarse en la propia persona y se satisfacen mediante los "gozosos tormentos" de la melancolía. Pero el enfermo logra también, mediante el rodeo del autocastigo, vengarse del objeto originario y castigar igualmente a sus seres queridos por medio de su propia enfermedad, después de haberse refugiado en ella precisamente para no mostrarles directamente su hostilidad.

De este modo, en la melancolía el amor al objeto sufre un doble destino: en parte regresa a la identificación narcisista y en parte, bajo la influencia del conflicto ambivalente, actualiza la fase correspondiente al sadismo, lo que resulta en la orientación de la hostilidad hacia el propio

Yo, colocado ahora en el lugar del objeto. Este movimiento pulsional se puede apreciar en los siguientes fragmentos del diario de Pavese: "Una mujer que no sea una estúpida, antes o después, encuentra una ruina humana y trata de salvarla. Algunas veces lo consigue. Pero una mujer que no sea una estúpida, antes o después encuentra un hombre sano y lo reduce a escombros. Lo consigue siempre". Hasta aquí el objeto es el culpable, el acusado; más adelante lo será el sujeto mismo: "La razón por la que las mujeres han sido siempre 'amargas como la muerte', sentinas de vicios, pérfidas, Dalilas, etc., es, en el fondo, sólo esta: el hombre eyacula siempre –si no es un eunuco– con cualquier mujer, mientras ellas llegan raramente al placer liberador y no con todos, y frecuentemente no con el adorado –precisamente porque es el adorado– y si llegan una vez no sueñan ya en otro. Por el deseo –legítimo– de ese placer están dispuestas a cometer cualquier iniquidad. *Están obligadas* a cometerla. Es lo trágico fundamental de la vida, y el hombre que eyacula demasiado rápidamente es mejor que no hubiese nacido. Es un defecto por el que vale la pena matarse". (Pavese, 1992, p.55)

Este es precisamente el punto clave para la comprensión del tema que nos ocupa; puesto que es este sadismo vuelto contra sí mismo lo que nos permite entender la tendencia al suicidio que caracteriza a la melancolía y la hace tan peligrosa. Pero la teoría de la libido no alcanza a dar cuenta de ello. El deseo de suicidio parece enigmático porque, tras haber reconocido que la vida pulsional se origina en un enorme amor del Yo a sí mismo, y haber constatado la magnitud de la libido narcisista que se libera ante el peligro de muerte, no es fácil explicar cómo el Yo puede acceder a su propia destrucción.

Si bien Freud ya había observado que los impulsos suicidas de los neuróticos son siempre impulsos homicidas orientados contra el propio Yo, quedaba por explicar cómo estos impulsos pue-

El odio y el sadismo referidos al objeto que se sustrae encuentran la posibilidad de descargarse en la propia persona y se satisfacen mediante los "gozosos tormentos" de la melancolía.

den convertirse en actos. El análisis de la melancolía revela que el Yo sólo llega a matarse cuando el retorno de las pulsiones previamente dirigidas al objeto le permite tratarse a sí mismo como a un objeto, es decir, cuando puede orientar hacia sí mismo la hostilidad referida a otro, hostilidad que representa la reacción originaria del Yo contra un objeto del mundo exterior. En efecto, este odio es más eficaz que el amor para mantenerse unido imaginariamente al objeto. Al respecto, escribe Pavese: "Quien odia, no está nunca solo: está en compañía del ser que le falta". (Pavese, 1992, p.102) Si bien el objeto ha sido abandonado, en cierto sentido se ha convertido en alguien más poderoso que el propio Yo.

En las dos situaciones opuestas del máximo enamoramiento y del suicidio –que se alternaron permanentemente en la vida de Pavese– aunque por caminos completamente diferentes, el Yo se encuentra subyugado, sojuzgado, avasallado por el objeto: "Nada es más abyecto que el estado de desintegración moral que comporta la idea –la costumbre de la idea– del suicidio". (Pavese, 1992, p.56)

Tras haber introducido la noción de pulsión de muerte en *Más allá del principio del placer* (1919), en *El Yo y el Ello* (1923), Freud está en condiciones de precisar algunos de los conceptos mencionados. Así, por ejemplo, afirma que el conflicto melancólico se establece entre el Yo y el Superyo, en tanto anteriormente hablaba de dos aspectos del Yo: uno era el resultado de la identificación con el objeto, y el otro una instancia crítica constituida en su seno pero diferenciada del mismo. Correlativamente, asigna una mayor importancia a los sentimientos inconscientes de culpabilidad, puesto que estos se apoyan en la tensión existente entre el Yo y su Ideal y, al mismo tiempo, expresan una condena del Yo por parte de la instancia crítica. En algunos cuadros psicopatológicos, como la neurosis obsesiva y la melancolía, el Superyo se muestra particular-

mente severo y descarga sus iras, a veces con extremada crueldad, en el Yo. Los sentimientos de culpabilidad corresponden a la percepción de la crítica superyoica motivada por deseos inconscientes inaceptables, y son precisamente aquellos sentimientos los que buscan alivio induciendo al Yo a someterse al castigo. Pero en tanto el Yo ha acogido en su seno, es decir, se ha identificado con el objeto de la ira, se castiga simultáneamente al otro y a uno mismo; se alivia el sentimiento de culpa y se satisface al mismo tiempo la tendencia a la destrucción.

En la melancolía el Superyo se encarna implacablemente con el Yo, dice Freud, "como si se hubiera apoderado de todo el sadismo disponible en el individuo": el componente destructivo se ha instalado en el Superyo y se vuelve contra el Yo. Pavese alude a estos dos momentos: "La soledad verdadera, es decir, sufrida, lleva consigo el deseo de matar". (Pavese, 1992, p.91) Y poco más adelante: "Nunca le falta a nadie una buena razón para matarse". (Pavese, 1992, p.95) En efecto, una cosa lleva a la otra: "Se odia aquello que se teme, *aquello, pues, que se puede ser, que se siente ser un poco. Se odia a uno mismo*". (Pavese, 1992, p.117)

En el Superyo reina ahora la pulsión de muerte que consigue, con frecuencia, la autodestrucción del sujeto, cuando el Yo no se libra de su tirano refugiándose en la manía –que a veces dura muy poco. Después de recibir en Roma el premio Strega, dos meses antes de su muerte, el escritor consigna: "En Roma, apoteosis. ¿Y qué? Ya estamos. Todo se derrumba". (Pavese, 1992, p.374)

El ser humano puede tramitar las pulsiones de muerte de diferentes maneras: pierden parcialmente su peligrosidad mediante su fusión o asociación con componentes eróticos; en parte, se manifiestan como agresión hacia el mundo exterior; y en su mayor parte prosiguen su trabajo interior. ¿Cómo llegan, en la melancolía, a concentrarse las pulsiones de muerte en el Superyo?

Esta instancia puede ser tan cruel como el Ello cuando se torna, más que crítica, *hipermoral*. Pero sabemos que la dimensión de la moralidad se establece en el ser humano mediante la restricción pulsional, de modo que, cuanto más reduce la agresividad hacia el mundo externo, más severo y agresivo se vuelve su Ideal del Yo. Se trata de un desplazamiento, de una orientación de la destructividad hacia el propio Yo.

A esta altura de la reflexión, Freud introduce el concepto de sublimación, proceso esencial en el establecimiento de la moralidad, que convierte al individuo en portador, creador y transmisor de la cultura. Se trata de la derivación de la energía propia de la pulsión sexual hacia nuevos fines o actividades que no tienen un carácter sexual y que se refieren a objetos socialmente valorizados, tal como sucede en el caso de la actividad artística y en la investigación intelectual. El Superyo mismo resulta de una identificación con el modelo parental, pero esta identificación supone una desexualización e incluso una sublimación.

El problema es que esta transformación da lugar, paralelamente, a una separación de las pulsiones eróticas y agresivas: en la medida en que el componente erótico queda despojado, por el proceso de sublimación, de la energía necesaria para ligar o combinarse con la agresividad, esta se libera y se manifiesta como tendencia destructiva. Ese es el origen del carácter riguroso y cruel del Ideal, en su exigencia de cumplimiento del deber moral. Esto explica la paradoja de que, cuanto más elevado es el nivel ético de una persona, tanto mayor es la severidad de sus exigencias y autocríticas.

Pavese menciona este proceso de control pulsional y sus consecuencias: "Tú, si te propones un sacrificio, lo quieres tan fuerte y exclusivo que en definitiva no le interesa a nadie. Acuérdate de que, cuando hiciste la primera comunión, no te tragabas la saliva para no romper el ayuno. Tú, durante el confinamiento, no mirabas a Concia por escrúpulo. Sin embargo, no seré yo la vícti-

ma". (Pavese, 1992, p.78) Bajo la forma de la negación, reconoce que acabará por ser, efectivamente, la víctima del cruel verdugo que lo subyuga. El drama consiste en que está condenado a ser su propia víctima porque sólo es capaz de aplicarse a sí mismo la agresividad que liberan sus esfuerzos por sublimar, y estos a su vez, son los únicos que le permiten salir de la posición melancólica: "La lección es esta: construir en arte y construir en la vida, desterrar lo voluptuoso del arte lo mismo que de la vida, existir trágicamente". (Pavese, 1992, p.40)

El intento de liberarse de la melancolía mediante la creación literaria aparece en los apuntes del diario, al comienzo sólo como un proyecto: "Expresar en forma de arte, con propósito catártico, una tragedia interior (...) El único modo de salvarse del abismo es mirarlo y medirlo y sonarlo y bajar a él". (Pavese, 1992, p.42) Después de registrar durante cinco años los efectos del abandono de Tina, sobre todo del odio, el resentimiento, la humillación y los celos –sin ninguna alusión a la ternura o a momentos de felicidad vividos en su relación con ella– el autor se dedicó afanosamente a comentar las obras que había escrito, las que se proponía escribir, los textos de otros autores que leía, sus opiniones sobre la literatura y el arte, su interés por la mitología. Su diario da cuenta de una intensa actividad intelectual, realizada en el aislamiento, con escasas referencias a sus encuentros con otras personas: "Es preciso, en fin, amar una actividad como si no hubiese nada más en el mundo, por sí misma". (Pavese, 1992, p.110)

Las referencias a relaciones amorosas son breves y marginales, y producen la impresión de que trata de preservarse de nuevas decepciones: "Quede claro, de una vez por todas, que estar enamorado es un hecho personal que no considera al objeto amado –ni siquiera cuando este corresponde. Se cambian –también en este caso– gestos y palabras simbólicos en los que cada uno lee lo que tiene dentro de sí y, por analogía, su -

pone en el otro. Pero no hay razón, no hay necesidad, de que los dos contenidos encajen". (Pavese, 1992, p.67) Esta posición narcisista, defensiva, le impide establecer una relación significativa con una mujer que no acabe, una vez más, en el fracaso que confirmará la necesidad de protegerse.

De tanto en tanto reaparecen las alusiones a su impotencia que, probablemente, no es la causa del fallo de sus relaciones de pareja, sino la consecuencia de su imposibilidad de establecer una relación de objeto en la que sea capaz de estar con el otro sin fundirse con él, tolerando la diferencia. La impotencia aparece como una coartada, para justificar los fracasos y, al mismo tiempo, dar salida a la agresividad: "Y en este año ha salido en la colada mi larga y secreta vergüenza". (Pavese, 1992, p.73) "¿Hay un suicidio mejor justificado?" (Pavese, 1992, p.71) Cada vez que se plantea esta cuestión, vuelven las evocaciones del duelo no elaborado por la pérdida de Tina: "Si te ha ido mal con ella, que era todos tus sueños, ¿con quién te podrá ir bien nunca?" (Pavese, 1992, p.72) Esta pregunta insiste ante la posibilidad de toda nueva relación, arrastrándola a la repetición del fracaso: "Vivir es como hacer una larga suma, en la que basta haberse equivocado en el total de los dos primeros sumandos para que ya no salga nunca. Quiere decir engranarse en una cadena dentada, etc." (Pavese, 1992, p.46) Es de suponer que esos dos primeros sumandos deben haber sido mucho más antiguos que su relación con Tina, pero carecemos de información al respecto.

Sólo después de cinco años de cavilaciones –ya que no de una verdadera elaboración del duelo– logra Pavese ceñirse a su propósito: "Vendrá ahora una vida de sabia separación: toda la energía se dirigirá a crear". (Pavese, 1992, p.142) Esto le permite salir de la melancolía y producir una obra que le valdrá el reconocimiento público.

Los apuntes de Pavese ejemplifican el drama

de un Yo que se debate entre los dos tipos de pulsiones: para intentar dominar la libido mediante los procesos de identificación y sublimación, debe colmarse precisamente de libido, constituyéndose así en representante de Eros, por lo que aspira a vivir y a ser amado. Pero como estos procesos dejan libre a la pulsión agresiva en el Superyo, su lucha contra la libido lo coloca en peligro de ser maltratado y hasta de morir. Luego, la angustia ante la muerte tendría lugar en este enfrentamiento entre el Yo y el Superyo. Pavese nos muestra también cómo el logro de la sublimación va asociado a la angustia de muerte. A la afirmación, referida al balance del año 1939: "Ha sido el primer año digno de mi vida porque he puesto en práctica un programa", le sucede esta otra: "He vivido para crear: esto es una adquisición. En compensación, he temido mucho la muerte y sentido el horror del cuerpo que puede traicionarme". (Pavese, 1992, p.163)

En el caso de la melancolía, el Yo libera una gran parte de libido narcisista, lo que significa que se abandona a sí mismo –como dejaría a un objeto en una situación de angustia– porque en lugar de ser amado por el Superyo se siente odiado y perseguido por él. Dice Pavese: "Lo único claro es por qué se pudren los muertos. Con todo ese veneno en el cuerpo". (Pavese, 1992, p.45) Para el Yo, vivir es equivalente a ser amado por el Superyo, que aparece también, en este sentido, como representante del Ello (fuente de libido). El Superyo ejerce la misma función protectora y salvadora que antes desempeñaron los padres y luego la *providencia* o el *destino*. Cuando el Yo se encuentra en peligro y se siente abandonado por los poderes de los que depende, se deja morir.

Es la misma situación que se produce ante la separación de la madre protectora, que desencadena las primeras angustias en la infancia. Así, añade: "Pero esto no quita que la cruz del engaño, del frustrado, del vencido -de mí- sea atroz de cargar. Después de todo, el más famoso cru-

cificado era un dios: ni engañado ni frustrado ni vencido y sin embargo ha gritado 'Elí' con todas sus fuerzas". (Pavese, 1992, p.63) "Si naces otra vez, tendrás que andar despacio incluso al aficionarte a tu madre. Sólo llevas las de perder". (Pavese, 1992, p.85) Se aprecia la intolerancia a la primera pérdida, inevitable, a la carencia de una relación absoluta de fusión con el otro, que sería lo único que podría contentarlo: "¿Qué me importa de una persona que no esté dispuesta a sacrificarme toda su vida? ¿O es que casarse es quizá pretender otra cosa?" (Pavese, 1992, p.86) Se refiere aquí el escritor a los primeros sumandos, que para él fueron verdaderamente sustraídos, ya que él mismo considera que su dificultad para relacionarse con las mujeres tiene un origen anterior: "No se huye del propio carácter: misógino eras y misógino sigues siendo". (Pavese, 1992, p.87) Su posición de niño excluido frente a la pareja parental es la misma del amante traicionado y celoso: "De niño sufrías esto, viendo a dos mayores que desdeñosos y satisfechos se miraban. Y no sabías bien qué era lo que pensaban hacer y no tenías treinta años. Ahora eres como entonces –sólo conoces el horror de esos apretones y tienes treinta años y no crecerás más. ¿Cuál es tu más vertiginoso deseo? Verlos abrazarse y desnudarse y saber lo que hacen, lo que se dicen, hasta dónde llegan. ¿No es este el estado mental en el que se cometen los delitos?" (Pavese, 1992, p.88)

La teoría psicoanalítica establece un anudamiento entre la tendencia a la autodestrucción y el proceso por el cual el sujeto se convierte en miembro de una cultura, es decir, en un sujeto humano cabal. En *El problema económico del masoquismo* (1924) Freud afirma que el retorno del sadismo contra la propia persona se produce regularmente en ocasión de la restricción cultural de las pulsiones, que impide utilizar en la vida una gran parte de las tendencias destructivas. Esa parte rechazada de la agresividad se presenta en el Yo bajo la forma de una intensificación

del masoquismo. Pero los fenómenos que caracterizan a la conciencia moral permiten suponer que la hostilidad que retorna del mundo exterior sin sufrir esa transformación es empleada por el Superyo, aumentando su sadismo.

El masoquismo del Yo y el sadismo del Superyo se completan mutuamente y se unifican para producir las mismas consecuencias. Sólo así puede comprenderse la aparente paradoja de que, del sojuzgamiento cultural de las pulsiones resulte el sentimiento de culpabilidad, y que la conciencia moral se haga tanto más rígida y susceptible cuanto mayor sea la contención de la agresividad hacia los otros. Queda claro, entonces, que la primera renuncia pulsional ha sido impuesta por fuerzas externas, creando así la moralidad, que se expresa en la instancia superyoica y habrá de exigir ulteriores renunciaciones. Luego, el masoquismo moral da cuenta de la existencia de una combinación de las pulsiones eróticas y agresivas. Su peligrosidad deriva del hecho de que se ha originado en las pulsiones de muerte y corresponde a los componentes de las mismas que no se han exteriorizado como conductas destructivas. Sin embargo, también incluye un componente erótico, puesto que la libido se ha asociado al sufrimiento, de manera que la autodestrucción del sujeto no puede lograrse sin una simultánea satisfacción libidinal.

El diario de Pavese muestra cómo, después de cinco o seis años de haber concluido su relación fallida con Tina, retorna el ensañamiento consigo mismo: "El golpe bajo que te ha dado Tina lo llevas siempre en la sangre. Has hecho de todo para encajarlo, hasta lo has olvidado, pero de nada te sirve huir. ¿Sabes que estás solo? ¿Sabes que no eres nada? ¿Sabes que te deja por eso? ¿Sirve de algo hablar? ¿Sirve de algo decirlo? ¿Has visto que no sirve de nada". (Pavese, 1992, p.291) Al mismo tiempo, resurgen el sufrimiento narcisista por el derrumbe de la ilusión de omnipotencia y la identificación con el objeto: "Estás solo y lo sabes. Has nacido para

La teoría psicoanalítica establece un anudamiento entre la tendencia a la autodestrucción y el proceso por el cual el sujeto se convierte en miembro de una cultura, es decir, en un sujeto humano cabal.

vivir bajo las alas de otro, sostenido y justificado por otro, pero que sea tan gentil que te deje hacer el loco y hacerte la ilusión de que tú solo te bastas para arreglar el mundo. No encuentras nunca a nadie que aguante tanto; de aquí proceden tu sufrimiento y tus desintereses, y no de la ternura. De aquí tu rencor contra el que se ha ido; de aquí tu facilidad para encontrarte un nuevo protector, y no de la cordialidad. Eres una mujer, como mujer eres terco. Pero no te bastas tú solo, y lo sabes". (Pavese, 1992, p.314)

Por fin, en 1949, Pavese habla de su éxito como escritor y del reconocimiento social que ha logrado: "Te dicen: tienes cuarenta años y lo has logrado, eres el mejor de tu generación, pasarás a la historia..." Pero esto no hace más que intensificar las fantasías omnipotentes propias del narcisismo aparentemente restablecido, a través de una huída a una posición maniaca: "Quería continuar, ir más allá, comerme a otra generación, volverme perenne como una colina". (Pavese, 1992, p.342) "Para que la gloria sea grata tienen que resucitar los muertos, rejuvenecerse los viejos, volver los que están lejos". (Pavese, 1992, p.343).

El fracaso de estas ilusiones, que incluyen el control del tiempo, y el triunfo sobre la muerte, pone de manifiesto que el ser humano no puede agotar todas sus energías en la sublimación, en el intento de situarse en un universo puramente simbólico, ignorando su dimensión corporal con las necesidades, carencias y limitaciones que esta impone. El narrador describe el trasvase de su subjetividad a su obra, que da lugar a una verdadera alienación en la que se pierde a sí mismo, en tanto se paraliza la dialéctica que debería permitirle reconocerse en esa obra y hacerse cargo del sentido –o de la búsqueda de sentido– que ella revela: "Ya no tienes intimidad. Mejor, tu intimidad es objetiva, es el trabajo (pruebas, cartas, capítulos, sesiones) que haces. Eso es pavoroso, ya no tienes dudas, temores, estupores existenciales. Te vas desaguando". (Pavese, 1992, p.353) Y más adelante agrega: "¿Qué es lo que

me sostiene? El trabajo hecho, el trabajo que hago". (Pavese, 1992, p.368) En efecto, ha entrado en un circuito en el que tiene que seguir creando permanentemente, en el que su propia existencia depende de sus productos: "Ahora, el fastidio es que todo esto se acabará. Antes ansiabas tenerlo, ahora temes perderlo. También has conseguido el don de la fecundidad. Eres dueño de ti mismo, de tu destino. Eres célebre como quien no trata de serlo. Pero todo esto se acabará". (Pavese, 1992, p.355)

La identificación femenina del narrador, a la que había aludido al nombrarse como mujer y que insiste al referirse a su fecundidad, en tanto se suma a una masculinidad de la que no reniega, es uno de los soportes de la omnipotencia, aunque esta no es fácil de sostener. En la condición melancólica lo más importante no es la pérdida de un objeto y la reacción que ella suscita, sino la intolerancia al carácter perecedero de todo objeto, a la posibilidad siempre presente de la pérdida, que devuelve al sujeto a la carencia y al desamparo originarios. Así, por ejemplo, basta una crítica a uno de sus libros para que todo el edificio se desmorone: "Disgusto de lo hecho, de la opera omnia. Sentimiento de malestar, de decadencia física, trayecto declinante. Y la vida, los amores ¿dónde han estado? Conservo un optimismo: no acuso a la vida; encuentro que el mundo es bello y digno. Pero yo caigo. He hecho lo que he hecho. ¿Es posible? Deseo, avidez, ansioso de coger, de morder, de hacer. ¿Llegaré todavía? (Todo porque llueven los juicios negativos sobre Diavolo sulle colline.)" (Pavese, 1992, p.365)

El fracaso de su última relación amorosa con la joven actriz norteamericana Constance Dowling puede haber sido el desencadenante del acto suicida, como materialización de una tendencia contra la que luchó, pero que también lo sostuvo, desde la adolescencia. Finalmente, la concesión del Premio Strega lo enfrentará dolorosamente con la oposición entre su éxito profesional y su fracaso amoroso; el triunfo de su obra no es, para

él, su propio triunfo sino que, por el contrario, lo anonada: "Es la primera vez que hago balance de un año todavía no terminado. En mi oficio soy rey. En diez años lo he hecho todo. (...) ¿Qué he conseguido? Nada. He ignorado durante unos años mis taras, he vivido como si no existiesen. He sido estoico. ¿Era heroísmo? No, no ha costado nada. Y luego, al primer asalto de la 'inquieta acongojada' he vuelto a caer en las arenas movedizas. Desde marzo me debato en ellas. No importan los nombres. ¿Son algo más que nombres al azar, nombres casuales –si no aquellos, otros? Queda que ahora sé cuál es mi más alto triunfo –y a este triunfo le falta la carne, le falta la sangre, le falta la vida. No tengo nada que desear en este mundo, salvo lo que quince años de fracasos excluyen ahora. Este es el balance del año no acabado, que no acabaré". (Pavese, 1992, p.376)

Sus últimos apuntes dan testimonio de una lucidez que quizá sólo se alcance al precio de la melancolía: "El amor es verdaderamente la gran afirmación. (...) Y sin embargo siempre está uni-

do a él el deseo de morir, de desaparecer. (...) No nos matamos por el amor de una mujer. Nos matamos porque un amor, cualquier amor, nos revela en nuestra desnudez, miseria, indefensión, nada". (Pavese, 1992, p.371)

Bibliografía.

Crespo, A. Prólogo a El oficio de vivir, Barcelona: Seix Barral, 1992

Freud, S. Análisis de un caso de neurosis obsesiva, Obras Completas, 3 tomos, Madrid: Biblioteca Nueva, 1981

Freud, S. Análisis fragmentario de una histeria, Obras Completas, 3 tomos, Madrid: Biblioteca Nueva, 1981

Freud, S. y Breuer, J. Studien über Hysterie, Frankfurt: Fischer Verlag, 1985

Nueva Enciclopedia Larousse, Barcelona: Planeta, 1985

Pavese, C. El oficio de vivir, Barcelona: Seix